

En la cruzada por una historiografía política y crítica de los procesos de Independencias Hispanoamericanas

Reseña de: Pérez Vejo, Tomás, *Elegía criolla. Una reinterpretación de las guerras de independencia hispanoamericanas*, México, Tusquets Editores, 2010, 324 páginas.

GERARDO MARTÍNEZ DELGADO

Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, México

Fecha de recepción: 24 de enero de 2012

Fecha de aceptación: 22 de marzo de 2012

Fecha de publicación: 1 de septiembre de 2012

Existe en Tomás Pérez Vejo un interés evidente de marcar y dejar constancia de su pertenencia a un grupo de investigadores con ideas historiográficas compartidas que, en conjunto, proponen una reinterpretación de los procesos de Independencia Hispanoamericanas, enfocándolos desde una perspectiva política. Más allá de eso y de la síntesis de ideas aportadas por autores de ese círculo (como José María Portillo,¹ José Carlos Chiaramonte,² Manuel Chust³ y otros), el paso que aventura Pérez Vejo en *Elegía criolla* es el de un desafío a las interpretaciones tradicionales, no sólo a las nacionalistas sino a las académicas, una versión general, nueva, desacralizante y desafiante. A lo largo de casi 300 páginas, Pérez presenta, desarrolla y argumenta bien una serie de ideas y logra en conjunto un libro excepcional que, sin embargo, no está exento de excesos e insuficiencias.

Su afirmación central, desmitificadora y más novedosa, propone que no sólo no había naciones antes de las independencias, y que no sólo es difícil mostrar la participación indígena y criolla en busca de romper las cadenas de la dominación, sino que no hubo guerras de independencia ni se pueden etiquetar como revoluciones los movimientos

¹ Portillo Valdés, José María, *Crisis atlántica. Autonomía e independencia en la crisis de la monarquía hispánica*, Madrid, Fundación Carolina/Centro de Estudios Hispánicos e Iberoamericanos, 2006, pp. 318.

² Chiaramonte, José Carlos, *Nación y Estado en Iberoamérica. El lenguaje político en tiempos de las independencias*, Buenos Aires, Sudamericana Pensamiento, 2003, p. 218.

³ Chust, Manuel (Coord.), *La explosión juntera*, México, Fondo de Cultura Económica, 2008.

que arrancaron a partir de 1808-1810; a cambio, sostiene, se trató de una “guerra civil transcontinental”, donde no se enfrentaron “españoles” contra “mexicanos” o “argentinos” (por poner un par de gentilicios) ni hubo ejército extranjero en territorio americano, sino un enfrentamiento de criollos contra criollos, miembros unos y otros de la gran monarquía hispánica que se desgajó tras la crisis de 1808.

Aunque desigualmente argumentadas, las ideas del libro están soportadas sobre una base interesante y compleja. Su dimensión internacional, presente en diversos momentos, le permite ubicar el gran momento de la monarquía hispánica de principios del siglo XIX como “uno de los episodios centrales en el nacimiento del mundo moderno” que implicaron: la desaparición de la monarquía; el nacimiento de casi dos decenas de naciones-Estado, incluida la propia España; la sustitución de la legitimidad dinástica; la abolición del Antiguo Régimen en un espacio geográfico que representa más de la mitad de occidente, y, con José María Portillo, el momento “más fecundo de formación de repúblicas, pueblos y naciones del espacio Atlántico euroamericano”. De otro lado, la misma dimensión mundial le permite afirmar que dichos procesos constituyeron, ni más ni menos, la desaparición de una forma de civilización, y le ayuda a comparar y discernir, para sostener, por ejemplo, que las semejanzas no deben buscarse en otras revoluciones atlánticas, como la norteamericana, principalmente porque esta no supuso el fin de la metrópoli inglesa, mientras las hispanoamericanas significaron el colapso de la monarquía católica.

Otra buena base y virtud del texto es su diálogo con el presente, su conciencia de la importancia de relacionar el pasado con la actualidad. Por esta ruta avanza en su pretensión de combatir la historiografía y las versiones nacionalistas que lejos de explicar confunden, mutilan memorias e imponen miradas marcadas por agendas políticas.

Siguiendo a François Xavier Guerra,⁴ Pérez Vejo enfatiza que la independencia debe ser entendida como un proceso político, no como uno económico o social, y que su explicación debe localizarse en una coyuntura, la de 1808-1810. Fue, subraya, la crisis de la monarquía la que desencadenó el proceso, no como una lucha por la independencia, sino como una búsqueda para definir el asunto de la soberanía, una salida desesperada a una situación dramática y sin antecedentes: ante el vacío de poder, la gran revolución se desarrolla sobre dos preguntas que definen dos momentos: 1) quién asume la soberanía en ausencia del rey: es el tiempo de las Juntas, 2) cuál es el origen del poder: es el tiempo de las constituciones y las naciones, de los experimentos por sustituir un sistema político plenamente asentado –basado en la sucesión monárquica de origen divino– por uno de origen contractual, regido por una constitución y en el que se modifican los términos de la acción política, para pasar de súbditos del monarca a miembros de una nación.

⁴ Guerra, François-Xavier, “El ocaso de la monarquía hispánica: revolución y desintegración”, en Aninno, Antonio y François-Xavier Guerra (eds.), *Inventando la nación*, México, Fondo de Cultura Económica, 2003, pp. 117-151.

Deprisa y a veces con poca atención en los detalles, Tomás Pérez pasa de largo sobre algunas interpretaciones fundamentales de los procesos de independencia en América Latina. De la historiografía marxista de los años sesenta, a los estudios poscoloniales de los noventa, pasando por las visiones influenciadas por la teoría de la dependencia, y la historiografía de corte económico de los Annales franceses, Pérez concluye casi siempre con un irónico y evasivo: “plausible pero difícil de demostrar”.

Sus mayores excesos se producen en su afán por una legítima, obligada, pero, mal llevada pretensión: liberarse de las pesadas cadenas de la historiografía liberal, nacionalista, poco crítica, llena de paradojas, contradicciones, falsificaciones, mentiras y de una perspectiva de progreso que hoy no se puede sostener.

Pérez Vejo postula que, para explicar mejor los procesos que sucedieron en la monarquía católica a principios del siglo XIX y sus consecuencias en América lo que hacen falta son interpretaciones generales, nuevas y frescas. Acumular información, seguir buscando documentos o aventurar interpretaciones ajenas a las estrictamente políticas, afirma, “no nos va a permitir un mejor conocimiento de lo ocurrido”, lo que equivale a tanto como a enterrar la riqueza de las diferentes perspectivas, en una suerte de totalitarismo historiográfico.

Afirmaciones de tal alcance caen por su propio peso. Cuando se refiere al libro de Eric Van Young, *La otra rebelión*,⁵ lo califica –como para salir del paso– de “espléndido trabajo de historia social”, pero concluye que sólo explica “lo accesorio y no lo principal”, desconociendo que el argumento central de Van Young le es muy favorable a sus ideas, a saber, que la rebelión popular involucró a indígenas campesinos –que no necesariamente vivían en condiciones de miseria, opresión o carencias provocadas por 300 años de dominio español–, en movimientos “intensamente localistas”, indiferentes “a la forja de un sistema de gobierno más amplio que iba a convertirse en la nación”.

Ignorando como ignora este estudio, una salida menos fácil a su argumentación se halla en el tema de las reformas borbónicas, la principal razón del movimiento de independencia según una fuerte tradición académica en México (de David Brading, Enrique Florescano, Gisela von Wobeser, entre otros).⁶ A Pérez Vejo no se le oculta que “la influencia de las reformas borbónicas sobre los conflictos de la independencia es un asunto bastante controvertido. Igual se puede afirmar que fueron el origen del descontento que llevó a las independencias como que fueron el remedio que permitió a la monarquía prolongar su existencia cincuenta años más”. Escudado en la fidelidad a toda prueba de los integrantes de la monarquía a un sistema político y un entramado mental fijo, le parece fácil afirmar que había una “estructura institucional cuya legitimidad descansaba en una

⁵ Van Young, Eric, *La otra rebelión. La lucha por la independencia de México, 1810-1821*, México, Fondo de Cultural Económica, 2006.

⁶ Para indicar sólo un título de ejemplo: Florescano, Enrique e Isabel Gil Sánchez, “La época de las reformas borbónicas y el crecimiento económico 1750-1808”, en Cosío Villegas, Daniel (coord.), *Historia General de México. Vol. I*, México, El Colegio de México, 1999.

completa forma de ver el mundo y no sólo en *coyunturales* intereses económicos”.

A su favor, y nuevamente cubierto por Guerra, confirma su idea:

“Podemos seguir buscando conflictos económicos, sociales, culturales, etcétera, como explicación de lo ocurrido pero lo cierto es que la mayoría de ellos ya existía cincuenta años antes, siguió existiendo cincuenta años después, y ni en un caso ni en otro originó una guerra generalizada como la que estalló en los más diversos rincones de la monarquía católica a partir de 1808”.

En su afirmación más profunda, original, y al mismo tiempo más controvertida, a saber, la de la guerra civil como mejor definición de los procesos ocurridos y la negación de que se les deba llamar revolución o luchas de independencia, el autor se esfuerza en mostrar que el enfrentamiento no fue entre naciones, pues no existían, y por tanto no puso a luchar a “españoles” contra “venezolanos”, sino a criollos contra criollos. España no existía como tal, ni era un Imperio, sino una “monarquía compuesta”, un “conglomerado de reinos, provincias y señoríos unidos por la común fidelidad al monarca”. La imagen del enfrentamiento entre españoles y americanos, afirma, fue resultado de la propaganda insurgente y de las versiones posteriores que eliminaron con rubor el carácter civil de la guerra, el enfrentamiento innoble y difícil de justificar en el mundo contemporáneo. Por eso nombra, con inteligencia, “guerra civil de carácter transcontinental”, en la que “la elección de bando no estuvo determinada por el origen geográfico sino por los posicionamientos ideológicos” de los participantes. Se cuida de matizar que, siendo una gesta criolla no quiere decir que no hubo participación indígena y mestiza, en muchos casos relevante y con programas políticos no siempre coincidentes, “pero fueron los españoles americanos los que se enfrentaron entre sí y definieron las grandes líneas del conflicto”.

Conviene hacer algunos señalamientos adicionales. Llama la atención, por ejemplo, el uso de algunas imágenes analizadas convenientemente como fuente histórica, una veta trabajada por el mismo autor en otras investigaciones. Sin embargo, el aprovechamiento en este caso es superficial: se ocupa en un pasaje de varios cuadros, pintados principalmente en el siglo XIX, en que se representaron a los héroes y no “sus hechos”, dice, como parte de una estrategia para “obviar los aspectos más conflictivos de la guerra”, las acciones “poco edificantes”. Su afirmación se sostiene para buena parte de la obra del mismo siglo, pero no tanto para la del siglo XX si tenemos en cuenta, entre otras, las representaciones hechas por Diego Rivera de un Miguel Hidalgo en acción, que hoy dan pie para ilustrar una versión de “padre incendiario”.

También es notoria la ausencia de referencias a autores clave en la historiografía con quien a Pérez Vejo parece más cómodo no discutir, es el caso de Carlos Herrejón y Josefina Zoraida Vázquez. En otro sentido, el autor evita referencias y citas importantes,

como cuando refiere –contradictoriamente– que no hubo un ejército extranjero en América Latina, es decir, de la península, combatiendo las insurrecciones desatadas alrededor de 1810; señala, en cambio, como “únicas objeciones significativas”, la presencia de 10 000 hombres en la Nueva España y otros tantos en Venezuela (no pocos) en 1812, enviados desde la metrópoli; un dato de tal importancia carece de referencia.

Pese a sus excesos y controversia, el libro de Pérez Vejo logra su propósito de provocar y llamar a una nueva cruzada por una mejor interpretación de estos procesos cuya importancia evidencia con toda claridad. “Los historiadores –afirma– y los teóricos sobre la nación no hemos sido, en general, plenamente conscientes de la originalidad y complejidad del proceso de construcción nacional llevado a cabo en los territorios de lo que fue la Monarquía católica”.